



Bajo la escalinata del Nuevo Club—incautados ya los ficheros que tantas ejecuciones provocarán—mientras la sangre de tantos socios corre por la Pradera de San Isidro, se congregan esos personajillos repugnantes. Uno levanta el puño; los que rodean la lámpara empuñan pistolas cuyo funcionamiento aun no conocen; el que ostenta un fusil, será un empleado del Hispano o del Credit Lyonnais, que ganará setenta u ochenta duros, con viudedad y quinquenios. Y que—estoy seguro—cotizará en una sociedad de asistencia médico, farmacia y entierro—de primera con penachos negros—porque es hombre previsor...

A la derecha, hay varios obreros socialistas con el gesto de superioridad, de estar cumpliendo un deber. Y ese gran imbécil que sonríe junto al ateneísta de gafas, es el clásico radical socialista del distrito de Chamberí.

En la tercera fotografía, obtenida en plena revolución, esos repugnantes mequetrefes,—mozuelos desgarrados e insolentes, “graciosos” de barriada, matones del “Bar Goya” o de la Fuentequilla—se esfuerzan por aprender la instrucción militar, que maldito para lo que les iba a servir... El cargado de espaldas junto al pecoso y el que escupe por el colmillo al lado del zurdo o del cráneo de ilustración lombrosiana...

Gentes deformes, sietemesinos, expósitos de la época liberal, que ansian vengarse en la Revolución de sus defectos y miserias. Pero ninguno de ellos—sabello bien—trabajó de sol a sol, ni padeció jornales de hambre. A lo sumo, un paro de varios meses, coorando el subsidio socialista y vagabundeando por las mananías en aquella Casa de Campo proletarizada de los últimos años...

¡Pese VII, abyecta y canabacana de Madrid! ¡Tu nos has perdido! ¡Tu de atase, tu registraste nuestras moradas, tu, con tu carnet del Sindicato Nacional Ferroviario o con el de “Arte de Imprimir”, fusilas.e sin piedad a los inocentes. Tu—chusma la peor y mas irritante de todas las chusmas—con tus zapatos y tu corbata de una novena y sin nudos, con tu pañuelo en los dientes, tu reloj de plata, tus pantalones inmensos—recuerdo de una moda que fué—tus trajes color morado o acetuna, tu camisa enjareada, tu gabardina, tus lecturas de la “Biblioteca económica marxista” y tu odio a todo cuanto en la vida es hermoso y noble y bueno, tu nos quisiste exterminar ¡carne de manifestación y de multitud! La que voceaba sus periódicos gritando cuando las personas decentes pasábamos a su lado: “¡Contra la canalla fascista y burguesa!... ¡Juventud Roja!”...

Si quieres conocer a nuestros verdugos, ahí los tenéis. Son las hordas del resentimiento mesocrático, los del Circulo Socialista de Vallecas o los de radio comunista de Cuatro Caminos, los que hacían instrucción militar en las afueras, instruidos por los asesinos de Calvo Sotelo, volviendo a la ciudad en las camionetas de la Dirección General de Seguridad; los intoxicados por los millares deioletos lanzados desde Moscú sobre Madrid para destruirle mejor que la más poderosa artillería...

Esos, muchos de los cuales ya no existirán, pues habrán perecido a manos de las Brigadas Internacionales, fueron nuestros verdugos.

Maldecidles en nombre de un Madrid en ruinas.

Antonio DE OBREGON.



NUESTROS VERDUGOS

Lo más irritante es que quien nos ha esquilado y asesinado en Madrid ha sido el medio pelo, la mediocridad y la sordidez cantantes y sonantes.

En Madrid no existía la masa ciega y analfabeta de otras regiones, enfurecida por el hambre, sino un proletariado señoril y castizo, de copa y puro, de buenos jornales, de pantalón ancho, cine, partida de dominó y folleto marxista en el bolsillo.

Todas esas gentes que vivían en una economía más saneada que el intelectual, el poeta y el sabio, son los que más nos odiaban.

Si. Nos habían declarado la guerra a muerte, porque nuestras casas era alegres y risueñas, porque teníamos libros y tomábamos el té, porque recibíamos a nuestros amigos con decoro, porque llevábamos buenas corbatas y habíamos nacido en casas confortables, porque hacíamos viajes, porque éramos universitarios... Y nos odiaban, aunque todo eso lo debiéramos a nuestra disciplina y a nuestro esfuerzo personal.

Lucha de clases. La barbarie contra las inteligencias cultivadas; el descamisado contra el cuello duro del que era señor por que sí; la suciedad contra la limpieza; el que se afeitaba los sábados contra el que lo hacía a diario; el cerebro estúpido y tarado, lleno de bazofia socialista y de partidas de tresillo, contra el noble talento del estudioso y del lector...

Vedlos. Contemplad a nuestros verdugos. Son esos que véis en esas fotografías del Madrid rojo. Con esa malsana delectación con que, respirando a veces un olor fétido, o escuchamos una música horrenda, observamos uno por uno, esos tipos.

Esa primera y abyecta muchedumbre que pasa por la Gran Vía, vuelve de asesinar a malvalva a los bravos militares y falangistas del Cuartel de la Montaña. Ese que lleva la bandera es un alférez viejo, masón y tabernario, que odia a sus jefes de Academia y que votó siempre contra el Ejército y contra España. Va rodeado y aclamado por el factor de M. Z. A., por el repartidor de Telégrafos, por el dependiente de mercería, por el escorbiente de Seguros...

Fijaros en la expresión de las caras. Son rostros depauperados de ciudad. Cerebros estrechos y angostos, carnes flácidas, pelos de estopa, camisetas, americanas descoloridas, gesos plebeyos y amenazadores... Junto al hombro izquierdo del que lleva la bandera, asoma su expresión indigna una pelanúsca tocada con el gorro de cuartel de un mártir.

Esos dos mozalbetes de la foto de arriba—de primer término—el que empuña una pistola y el que se cubre su calabaza con un casco—son los que han decidido la suerte del Madrid marxista.

En la segunda fotografía, la peor chusma de todas—la de las células comunistas de la oficina y el mostrador—se ha posesionado del Nuevo Club en nombre de la Igualdad y la Fraternidad. Por lo general, esos pobres estúpidos no envidiaban al sabio, ni el hombre de mérito, al que se contentaban con despreciar. No; ellos al que envidiaban era al burgués. Porque en el fondo, ellos querían serlo a toda costa. Y si les hubiera tocado la lotería, les hubiésemos visto sentados en los butacones de los círculos. Porque del burgués cien por cien envidiaban su molición y su vida parasitaria e inútil, que para ellos era la total perfección...